

# ¿BOOM

de las producciones  
artísticas en las galerías  
de Cali?

María Fernanda Astaiza

A final de la década de los años ochenta y comienzos de los noventa, Colombia y especialmente Cali, vivieron los estertores de los grandes carteles de la droga. Ante la caída de los “grandes capos”, el narcotráfico no desapareció, pero los carteles sí se dividieron y algunos de sus integrantes se plegaron al accionar de otros grupos al margen de la ley, produciendo así la constitución de bandas criminales. Dineros “calientes” fueron confiscados y posesiones objeto de extinción de dominio. Gran parte de los espacios que directa e indirectamente se beneficiaron de aquellos dineros sufrieron un impacto en sus dinámicas y su desarrollo.

El sector cultural a nivel local, específicamente con relación al campo del arte, no se quedó atrás. Durante el ascenso de las mafias, el mercado del arte y las galerías se multiplicaron ocasionando una especulación de dineros y una demanda de obras pictóricas en donde artistas consagrados y jóvenes con gran dominio de la técnica realizaron y vendieron obras sin mayor reflexión crítica y de naturaleza decorativa.

Ante tal combinación de actores y factores, se llevaron a cabo formas de mecenazgo indirectas que surgieron de la necesidad de “adquirir cultura”. Necesidad que respondía, en términos de Armando Silva y Nelson González-Ortega, a “factores estructurales de exclusión económica” en medio de una “lógica de la cultura de lucro”, que irónicamente responden al mismo modelo de desarrollo vigente que el Estado colombiano persigue en medio de su ideal de modernidad.

Así entonces, hacia finales de siglo, la adquisición de obras artísticas permitió que sectores de la sociedad pudieran ostentar a través de éstas la idea del “buen gusto” de sus propietarios y su alto estatus de vida. Esta idea del arte como inversión, promovió que las obras se destinaran a intercambios para los cuales no existían precios establecidos.

Dicho auge promocionó la inversión hacia cierto tipo de expresión artística que, aunque tuvieran aportes conceptuales, respondían principalmente a un interés decorativo; como lo afirma la artista e his-

**“...hacia finales de siglo, la adquisición de obras artísticas permitió que sectores de la sociedad pudieran ostentar a través de éstas la idea del “buen gusto” de sus propietarios y su alto estatus de vida”.**

toridora Beatriz González: «a los narcos no le interesaban las instalaciones, no les interesaban esas cosas; los narcos querían cómo decorar sus casas».

Como se puede observar en la anterior exposición, en Cali, el deseo de tener y exhibir por parte de los narcotraficantes hizo que la oferta de exposiciones y, por lo tanto, de movilidad de las galerías de arte cre-

ciera. Se podría decir, entonces, que estos espacios a nivel local no nacieron sólo de la necesidad de darle una mayor dinámica al mercado artístico, sino que son producto igualmente de la apertura del mercado y los focos de la economía ficticia que había abierto el narcotráfico.

El crecimiento y auge de aquellos espacios dedicados a la exhibición y comercialización de obras a finales de los años ochenta y hasta mediados de la década de los noventa, suscitó el interés de académicos, artistas y personas relacionadas con el campo del arte; puesto que no eran lo suficientemente responsables con los artistas en formación y el capital simbólico que el campo exigió para su circulación.

Más allá de eso, lo que parece haber despertado la inconformidad de este sector específico de la sociedad fue el incremento de este tipo de espacios donde se exhibía obra de artistas que no invitaban a la reflexión estética, sino que se limitaban a promover un arte de carácter decorativo.

Agentes del campo del arte local, sus cercanos y afiliados, hicieron manifiesta su

postura en cuanto a la inconformidad ante este tipo de mercado y las pocas posibilidades que estos espacios abrían para los artistas jóvenes. Algunas de estas voces críticas tuvieron la oportunidad de verse reflejadas en la prensa cultural de la época, que se convirtió en una plataforma de exposición de la desazón que se sentía hacia algunos espacios y formas de comercialización de la obra plástica. Algunos de estos comentaristas periodísticos están a la cabeza de voces como la de César Arturo Castillo y Guido Hoyos, agentes activos del sector cultural de la ciudad, quienes en ese entonces publicaron respectivamente: *Críticas a los grandes*, el 19 de marzo de 1995 en La Gaceta cultural de El País y, *Muchos cuadros y poco arte*, texto ubicado en la misma plataforma el domingo 22 de octubre del mismo año.

Dichos textos son significativos por hacer latente la desazón que se sentía en un sector de la sociedad caleña acerca del mercado del arte y las obras sin contenido y reflexión que comercializaban algunas galerías a nivel local. César Castillo expresa: «bajo el título genérico de “Grandes Maestros” se

hallan obras muy dispares en calidad [...] de la casi veintena de artistas presentados, la mayoría figura más por el nombre o la fama de (la cual) vienen precedidos que por la calidad de obra exhibida». En estas palabras, lo que percibimos es que, algunos compradores eran poco conocedores del tema e invirtieron en lo que Castillo denomina más adelante como “*la fórmula exitosa*”, que no traía una reflexión en cuanto a medios y el goce estético.

El comentario de este historiador permite reflexionar acerca del sector social que se estaba pensando críticamente este tipo de prácticas culturales a nivel local, las cuales estaban basadas más en el poder de adquisición, el ostento y el intercambio social que en el pensamiento crítico y la reflexión estética.

Ahora bien, Guido Hoyos, reportero de la casa El País entre 1995 – 1997, es otro voz ejemplo de esta inconformidad y sin sabor que se sentía en el sector cultural acerca de la tarea que llevaban a cabo las galerías de arte en la ciudad. En su texto periodístico entrevista a: Miguel González,

Oscar Muñoz, Álvaro Vanegas, Jenny Vilá y Pablo Van Wong, voces reconocidas en el campo del arte de la ciudad y el país desde tiempo atrás.

En el artículo mencionado, Hoyos abre su comentario de la siguiente manera: «En Cali, cualquier lugar es una galería. Y cualquier dueño puede ser un marchante de arte». Este dictamen realizado con firmeza crítica hace hincapié más adelante entre los espacios que invertían, promovían y educaban un nuevo público hacia el consumo de nuevas prácticas artísticas, y aquellos otros “galeristas” que buscaban solo lucrarse con esta actividad sin responsabilidad alguna con relación a los artistas y espectadores. El autor más adelante expone: “Las galerías de arte de Cali, se acoplaron al funcionamiento económico local, luchando al tiempo contra la falta de educación y de tradición en el arte”, son galerías que debían vender al mismo tiempo “los conceptos del arte contemporáneo y enfrentarse a la inflación en el mercado y a la desorientación de los artistas que causaron los dineros del narcotráfico”.

Con los anteriores comentarios que se trajeron a colación, se vuelve visible el abatimiento sobre la situación y la desazón con relación a la “desorientación” que causó el narcotráfico dentro del campo del arte, como lo expone más adelante Oscar Muñoz en el artículo de Hoyos: “en la ciudad se cubre una demanda, pero no en la forma ideal, pues algunas galerías hacen concesiones dirigidas hacia un mercado decorativo”, lo que denota la conformación de un mercado, cuyo uso social estaba más vinculado a la “espectacularización” y el estatus que hacia una reflexión estética y política de las mismas.

A manera de conclusión, podemos decir que el mercado del arte va de la mano de la bonanza y caída de la economía municipal, lo que provocó en medio de su pico económico más alto, connotaciones de expansión y diversificación de exposiciones y de piezas artísticas en museos y galerías de arte en Cali; de igual forma, que afectó la manera en que aquellas piezas se convirtieron en objetos decorativos de quienes las adquirieron como mercancía. Las galerías de arte en lo local, hicieron eco de la demanda y

ampliaron la oferta de las piezas de exhibición que ya circulaban como mercancía.

## Referencias

- CASTILLO, C. A. (19 de marzo, 1995) Críticas a los grandes. *La Gaceta cultural de El País*. Pp. 17.
- GONZÁLEZ-ORTEGA, N. (comp.) (2015). *Subculturas del narcotráfico en América Latina. Realidades geoeconómicas y geopolíticas y la representación sociocultural de unas nueva ética y estética en Colombia, México y Brasil*. Bogotá: Universidad de los Andes, Ediciones Uniandes; México: Universidad Nacional Autónoma de México; Oslo: Universidad de Oslo.
- HOYOS, G. (22 octubre, 1995) Muchos cuadros y poco arte. *La Gaceta cultural de El País*. pp. 14 – pp. 15.
- MINISTERIO DE CULTURA DE COLOMBIA. (2005) El arte no es como lo pintan. PLÁSTICA. *Arte contemporáneo en Colombia*. [CD - ROM]. Bogotá: 4DIRECCIONES Y El Vicio Producciones, Min. 5:28-5:48